

ma de punta comenzó a primar sobre todo por el uso del florete. La escuela francesa desde varios puntos de vista, se separa de la italiana. Una característica de la esgrima francesa era su complicada guardia que duró hasta mediar el siglo XVIII.

Ya en la segunda mitad del siglo XVII la esgrima francesa toma una clara ventaja sobre sus rivales y los maestros franceses son buscados en todos los demás países. Los principales maestros que marcaron este desarrollo fueron Filiberto de la Touche, La Perche du Coudray y Wernesson De Liancour.

Los principios generales de esta esgrima francesa se pueden resumir así: La guardia como la actual, la rodilla derecha un poco atrás. La espada tiene dos o tres pies de largo y filo por ambos lados. Hay cinco guardias o cinco maneras de tener la espada estando en guardia, el mas o menos de pronación del puño constituye la sola diferencia. El despliegue o ataque se hace de dos maneras: la primera tirándose adelante como en el actual a fondo con las piernas extendidas con la excepción que el pié que queda atrás en lugar de estar fijado en tierra se tuerce hasta hacer que el tobillo interior toque el suelo. El segundo haciendo pasar el pié izquierdo delante del derecho tan lejos como sea posible e inclinando el cuerpo adelante

hasta colocar la mano izquierda en el suelo para sostener el cuerpo y la rodilla derecha casi pegada a la barba. La primera se llamaba estocada a pié firme y la segunda estocada de pase. Hay cinco estocadas principales junto con la flanconada y el bote cortado que son estocadas en la línea de séptima de la esgrima francesa actual. Hay tres paradas principales: por dentro, por encima y por debajo de la espada.

La réplica fué una cuestión que estudiaron los maestros siempre con cierta reserva. El maestro francés La Perche comprendió lo que valía la réplica y fué el primero en enseñarla. Además es uno de los primeros que enseñó la parada de círculo.

En el siglo XVIII se introducen las caretas en las salas de armas. Un autor francés así describe un asalto antes del uso de la careta: "El asalto se sometía a reglas que concurrían a mantener a los tiradores en la más correcta regularidad pero que privaban a algunos movimientos de la rapidez que son susceptibles y aun quitaban a los tiradores el recurso de ciertos golpes. Así por ejemplo, no se debía replicar sino cuando el adversario se incorporaba. Los tiradores conservaban sus sombreros de tres picos en la cabeza durante el asalto, y cuando habían terminado, apenas se notaba algún desorden en sus empolvadas cabelleras".

Problemas Actuales de Nuestra Cultura Nacional

OMER HENOC ROBLES

I.—RELACIONES CULTURALES DE CHILE

A.—Cada vez que algún viajero ha querido destacar el rasgo característico de nuestro país se ha referido a él en términos de "isla" geográfico-cultural. Está demás explicarlo. Sin embargo es útil notar que el aislamiento se refiere más que todo al vecindario, ya que nos vinculamos positivamente con otras culturas. ¿Por qué esta vinculación distancial? Examinemos las relaciones culturales de Chile.

Para formarse una opinión sobre el intercambio cultural que Chile mantiene y ha mantenido, y en parte también, para explicarse ciertas características de nuestra formación, es preciso construir un esquema que podría ser:

- I.—Relaciones con países adyacentes: Argentina, Bolivia, Perú y Brasil.
- II.—Relaciones con países americanos distantes: México y EE. UU.

III.—Relaciones tradicionales: España.

IV.—Relaciones con el Viejo Mundo moderno: Francia, Alemania e Inglaterra.

I.—Tal vez porque estamos cerca y porque el intercambio es cotidiano y más intenso la cultura de países adyacentes no se deja sentir en nosotros en toda su extensión. Así, en esta situación sentimos la necesidad constante de afirmar frente a ellos nuestro particular carácter, nuestra nacionalidad. Por eso es que los planes de "acercamiento" cultural entre dos países tienen, como resultado una orientación centrípeta, por parte de cada uno, hacia el fundamento de lo nacional. No obstante -y quizás porque no obedece al plan- la música popular de estos países constituye el abarrote necesario cada vez que deseamos bailar o cantar hasta el punto de aminorar notablemente las posibilidades de nuestra música popular.

Pero la influencia de tales culturas se limita a eso y nada más.

II.—México está en un plano diferente. Además de influir en el plano de su música popular, hace las veces de modelo inspirador para toda una generación de pintores americanos. Estos han extraído las principales características del muralismo para incorporarlas, tanto a expresiones del mismo género, como a la pintura de caballete. Esos caracteres son: 1) una temática de intencionalidad social, 2) una imagen indígena como protagonista de esa intención y 3) una estructura crómica específica, subordinada a la temática. Pero allá mismo donde anotamos la influencia, advertimos cierta adaptación peculiar. La imagen indígena se nacionaliza, adquiriendo por tanto rasgos diferenciados. Por otra parte, en cada una de estas naciones, la expresión pictórica se da como género independiente, perdiendo las proporciones de forma y de tema que en México tiene, en donde el muralismo es parte funcional de la vigorosa arquitectura.

Este hecho plantea una cuestión. Lo indígena en México tiene valor determinante como factor social, político, económico, cultural, en suma, por lo que su expresión artística en torno a esta imagen es auténtica, legítima. Aun puede ser válida para países de la América Central y otros de la costa pacífica ecuatorial, como Colombia, Perú y Bolivia en el interior, pero en ningún caso en nuestro país, donde lo aborigen no significa nada como no sea un mito épico. De ello se desprende que en Chile esta forma de expresión no es auténtica, ni como forma, ni como contenido. El problema lo re-

presenta esta elección de contenidos plásticos foráneos y el peligro de que éstos sean considerados como valiosos por el sentir colectivo. Es fácil observar este fenómeno en distintos planos de nuestros intereses culturales y esta observación constituye el objeto del presente trabajo.

Las relaciones con los EE. UU. merecen un párrafo aparte, que incluiremos al final.

III.—Las vinculaciones con el Viejo Mundo constituyen nuestra tradición al tiempo que nuestra formación cultural. La Historia de América contiene esta explicación: estamos formados al amparo de los valores greco-latinos y cristianos, hasta el grado en que pudimos asimilar la versión española de ellos.

IV.—Más tarde, en nuestra vida republicana, recurrimos a Francia como rectora espiritual y esa cultura es responsable de nuestra educación secundaria y universitaria. Le sucedió, en menor intensidad, Alemania, cuando formó nuestro espíritu científico y tecnicó la enseñanza nacional.

Luego el Imperio Británico nos dejó sentir su poderío naval, como en todo el mundo, y con ello la calidad de su industria, el poder de compra de la libra, la eficacia de sus técnicas. El efecto lo constituyen cierto número de vocablos sajones incorporados a nuestra expresión. Su poderío económico, la desnacionalización de nuestra maravillosa riqueza, -el salitre-, su figura apatronada en fin, no produjeron mayores efectos. Sólo ahora que ha perdido su poder lo sentimos con simpatía. Sin embargo tuvo el mérito de abonar el terreno al sistema de vinculaciones con los Estados Unidos.

B.—Las relaciones con los EE. UU. empezaron por la vía diplomática y el establecimiento de unos pocos súbditos en nuestro territorio, junto con iniciarse nuestra vida republicana. Pero hasta entonces no tuvo significado cultural. Es solamente en el presente siglo, momento en el que logra desplazar a Inglaterra, asentar su poderío material y bélico, constituirse en crisol de la mayor industria, creador de nuevas máquinas y técnicas mecánicas, investigador científico y mentor político, cuando empieza a influir social, política y culturalmente en el mundo occidental.

Aquí nos ocuparemos de los efectos que provoca en nuestro país la hegemonía económica norteamericana, que aparece evidente a cualquiera que piense en ello, pero que, en apariencia, se va desvaneciendo a medida que se traslada al plano de la teoría política, al campo de

la educación, a los medios de expresión y a sus contenidos, a las formas de la convivencia y, en fin al valor nuevo y vigoroso que han tomado estas formas. Porque el fenómeno consiste, esencialmente, en la invalidación de viejos valores y validación de nuevos. Sin embargo, descubrirá fácilmente nuestra atención que algunos intentos conscientes de gravitación han sido resistidos, como la intención del "Convenio Educativo", por ejemplo, debido a que estamos teóricamente conscientes de pertenecer a otra cultura educacional; somos, educacionalmente, diferentes. Ello demuestra que, en casos como éste, defendemos valores, negando el paso a otros que pudieran sustituirlos.

No obstante por otro lado -"por debajo" podríamos decir también- nuestros compositores populares han ido cambiando las formas de orquestación de ritmos que, antes se estructuraban en torno a la guitarra, al piano, a la marimba y que, ahora se organizan en función de la trompeta y de las cuerdas. Es que tratan de acercarse a las formas norteamericanas que nos llegan a través del receptor y que tienen éxito entre los auditores. Este y aquél son "cultura". Aquél es concepto, éste es vida. Este está "abajo", aquél "arriba". Pero todo edificio depende de sus cimientos y cuando éstos se desintegran, se destruyen, la arquitectura no existe más como tal y ya no vale la pena apuntalar muros que subsisten artificialmente.

Este es el problema que soporta nuestra cultura. Primero describiremos el fenómeno que se desarrolla a través de la vía económica, la más evidente, la más fuerte y quizás la menos importante por ser la más generalizada; luego la vía política y por último la socio-cultural. La manera cómo reaccionamos a esta gravitación se debe a nuestra particular estructura anímica, pues hemos visto que lo inmediatamente geográfico no nos parece valioso, sino en modo reducido. La última parte del trabajo está dedicada a examinar las posibilidades "legítimas" de reacción.

II.— INFLUENCIA CULTURAL DE LOS EE. UU.

A.— Por la vía económica.

Nuestra conformación económica y las dificultades para procurarnos un adelanto técnico propio han facilitado la afluencia constante de capitales extranjeros y técnicos empresarios en busca de la explotación de nuestras riquezas naturales. La nacionalidad de estas corrientes ha ido variando según las circunstancias de la

política internacional. Así el capital inglés compitió con el francés hasta imponérselo; luego aquellos sufrieron igual experiencia frente al capital alemán -y sobre todo frente a la industria- para ceder todos, finalmente, el campo a la potencia capitalista y técnica norteamericana.

La economía nacional se ha ido formando en torno a créditos solicitados por nuestro país a través de la vía oficial; por la internación voluntaria de capitales particulares; importación de productos elaborados; exportación de nuestra materia prima en busca de elaboración; importación de maquinaria para el montaje de industrias extractivas; organización de industrias extractivas con maquinaria y técnicos norteamericanos; adiestramiento de nuestra mano de obra en las industrias mencionadas; capitalización nacional que permite nuevas importaciones de créditos y maquinarias destinadas ahora a la instalación de industrias de transformación; contratación de personal técnico especializado; adiestramiento de nuestra mano de obra; finalmente, el paso que se desarrolla ahora es la institución de industrias que elaboran productos capaces de sustituir a los que se importan.

Paralelo a este último período de nuestra vida industrial hemos logrado, como consecuencia directa de aquel hecho, colocar en nuestro mercado una cantidad favorable de productos nacionales tanto de consumo, como de servicio y uso, desplazando gran parte de bienes tradicionalmente importados (1). Pero esto se ha realizado ahora último solamente, pues el comercio estuvo siempre abarrotado de productos extranjeros destinados a satisfacer nuestras necesidades primordiales.

También EE. UU. efectuó un grave desplazamiento de los productos extranjeros que ocupaban nuestro campo comercial. Los modernos medios de expresión y la técnica propagandística crean nuevas necesidades y pretenden condicionar toda satisfacción a las cualidades de sus productos.

Ahora bien, este esquema puramente económico implica, en el bagaje de capitales, técnicos, máquinas, productos, propaganda, una modificación del campo cultural tangente a la economía.

(1) El período de transición, que se caracteriza porque aparecen en el mercado productos nacionales que pretenden sustituir a otros extranjeros, tradicionalmente consumidos, ha dado por resultado que el consumidor popular identifique lo importado con "lo legítimo" haciéndolo acreedor de su "confianza", en tanto que reserva al producto nacional los términos de "imitación", "falso", "sustituto", desposeyéndolo de "fe".

La primera manifestación cultural afectada es el lenguaje -oral o escrito-. La internación de productos elaborados exógenos implica también la importación de denominaciones originarias que son incorporadas bien en forma correcta, ya transformadas según la fonética o la ortografía de nuestro idioma (2). Ocurre también que la marca determinada de algún bien es incorporada al lenguaje común para designar en forma genérica a cualquier otro producto del mismo tipo (3). Más adelante con la influencia de personal técnico y el adiestramiento de nuestra mano de obra, el fenómeno se complica. Hay un intercambio de esfuerzos para la recíproca comprensión, pero en último término todo maestro exige que el discípulo entre al ámbito de sus razones, de sus vocablos, de su pronunciación, junto a lo cual, el verdadero interesado -nuestro trabajador en este caso- es el que cede, no sólo por razón de su interés, sino también por la subordinación emotivo-afectiva que se da en **el-que-no-sabe** frente a **el-que-sabe**. Con este mecanismo se produce una aprehensión de expresiones extranjeras que la mayoría, de las veces conservan su estructura original, pues su carácter técnico así parece justificarlo. Finalmente, cuando surge un producto nacional con pretensiones de sustituir en el mercado extranjero, tiende a adoptar una denominación semejante a la exógena, con el propósito de "legitimarse".

El aprendizaje del idioma inglés, a través de los más diversos tipos de enseñanza, ha preparado un "clima" lo suficiente apto para la recepción de estas voces. Por último, al denominar establecimientos comerciales se usan sustantivos anglosajones, porque supone que el hacerlo significa un valor, una calidad, una seguridad (para el cliente), ya que la propaganda ha adjudicado estos factores a establecimientos norteamericanos, desplazando los modelos franceses. Es decir, el imitador trata de incorporarse del imitado, las cualidades que consi-

dera valiosas, entre ellas, la forma idiomática del nombre.

La influencia económica extranjera también afecta al sistema de técnicas, en la cultura nacional.

Desde el manejo simple de una máquina incorporada a la colectividad industrial, hasta el montaje íntegro de una gran industria (caso que ocurre en nuestra minería) entrañan el aprendizaje de técnicas desconocidas. El valor cultural de ello no radica tanto en la aprehensión de un **hacer** puro y simple, sino que este **cómo hacer** determinado supone la realización de valores de la actividad económica. La tecnología es eso. (Más **vale** la mayor producción que la excesiva mecanización y especialización de un obrero, p. ej.). ¿Y qué o quién impide que estas técnicas se proyecten sobre otros campos? Antes, por el contrario, la inteligencia exige que se aprovechen. Así, los modernos centros comerciales giran en torno a valores fundamentales para el "éxito" en los negocios. La escasez y la economía de espacio condicionan toda una técnica de la decoración. La economía de tiempo a través del ahorro de movimientos condicionan la distribución de los efectos de trabajo. La eficacia de un trabajador depende de cómo realice estas normas. En efecto, la racionalización de todo trabajo, de toda técnica, de todo hacer, es el sello de nuestra época (4). Y esa racionalización que tiene estructura económica es incorporada a otros campos desvinculados de la economía.

De este modo cualquier tipo de administración que pretenda de "moderna" debe racionalizarse. Aún la investigación científica es afectada por esta técnica. Desde el siglo pasado la empresa industrial ha puesto de moda una serie de conceptos, que han perdido su sentido originario a medida que se han hecho comunes, de tal modo que ahora se les puede usar en distintas materias. Se destacan, entre otros: **unión, solidaridad, cooperación, colectivo, lo social, organización, organismo, máquina, mecanismo, ahorro de esfuerzo, ahorro de tiempo, lo técnico, lo práctico, lo racional, dinámico, eficaz, interés, capacidad, especialización, necesidad, satisfacción, buen resultado, buen producto, buena utilidad, éxito, etc.**

Acción - eficacia - organización - racionalización - técnica... ¿Dónde, cómo, nuestro pueblo

(2) El que se dé una de las dos posibilidades depende, en apariencia, de la eficacia de la propaganda, aunque se puede sospechar que cuando un sistema idiomático tiene "vitalidad" tiende al rechazo o a la transformación, más que a la recepción pasiva. (Un vocablo tiene vitalidad cuando se refiere a una experiencia autóctona: por ej.: "jugar a los hoyitos", diferente de voleybol). En Argentina es rechazado el vocablo "pick-up" para designar el aparato que allá se llama combinado.

(3) Como ocurre con la máquina multora "Mimeograph" que transformada en mimeógrafo denomina todo el género. Lo mismo ocurría con "victrola".

(4) Por eso causa extrañeza la Expos. Española. Parece que los comerciantes peninsulares desconocieran (o se resistieran a aceptar) la psicología de Watson.

indohispánico, lleno de elegantes maneras, de parsimonia, calma; algo perezoso, más que reposado; más bien lento que contemplativo...?

Por fin, la propaganda va incorporando vocablos norteamericanos a nuestro lenguaje, va creando nuevas necesidades, al tiempo que produce el objeto de satisfacción, y enseñándonos asimismo la técnica propagandística.

B. — Por la vía política.

Desde su fundación, hasta los primeros años del presente siglo, nuestra república presenta marcados rasgos aristocráticos. Ello se realiza como continuación de la estructura que le legara España. En nuestro tiempo se ha realizado un vertiginoso tránsito hacia las formas democráticas, fenómeno desarrollado contemporáneamente con el afianzamiento de los EE. UU., como potencia económica y política. La hegemonía económica norteamericana ha tenido como efecto llenar nuestras formas conceptuales democráticas con sus contenidos.

De este planteamiento se preocupa la presente sección.

Caracterización de nuestra república aristocrática.

A los descendientes de los conquistadores castellanos, poseedores de la tierra, se unió en el siglo XVIII la inmigración de comerciantes vascos, formando la clase alta de nuestra sociedad colonial: la aristocracia castellano-vasca. Dueña del poder económico, jefera de los estratos sociales, única poseedora de la cultura, pronto pudo ocupar con todo derecho, los altos cargos del poder, del clero, del ejército y de la administración. Más tarde sus descendientes naturales -los criollos- reclamaron para sí un Estado independiente y luego de obtenerlo lo integraron.

He aquí formado el Estado chileno, independiente, republicano, aristocrático. El resto del pueblo, sin conciencia de su propio destino, sin expresión política alguna, impotente, abúlico, se alineó al abrigo de la nueva forma política que le brindaban sus señores.

Este modo de tomar sobre sí las responsabilidades del destino común determinó, a la larga, toda una constelación de actitudes de convivencia.

La síntesis jurídica de nuestra estructura inicial fué la Constitución Política de 1833, definida por los teóricos como aristocrática y autocrática. De ella sobresale la figura grave de la autoridad. Esta es ejercida indefectiblemente por miembros de la aristocracia, que aun-

que protestaran de liberales y de republicanos, en el fondo continuaban siendo los epígonos de los blasones castellanos. Veremos con mejor claridad el fundamento del derecho de la aristocracia a ejercer la autoridad, si nos ubicamos con los sub-estratos sociales de entonces. Desde este ángulo el aristócrata es el único que posee la sabiduría, y en el alma del subordinado no cabe sino la visión de **toda la sabiduría** como atributo del que gobierna, pues en caso contrario no se justificaría la subordinación. Esta virtud impone en **el-de-abajo** la actitud recíproca de plena adhesión, de **obediencia**.

Toda la actitud política de la sociedad aristocrática exalta la relación de subordinación, de jerarquización, de obediencia y se proclama el mantenimiento o la conservación de estas relaciones como el fundamento del orden social. De aquí deriva la capacidad absoluta del estrato superior para ejercer la autoridad, para tomar las más serias responsabilidades (defensa y seguridad temporal -ejército-, salvación espiritual -dignidades eclesiásticas-, hacer justicias, administrar el servicio público, etc.) y de ello se deduce también la incapacidad para ejercer tales funciones por parte de los sub-estratos. Todo lo cual da por resultado una desigualdad jurídica y política, especialmente.

Los atributos socio-políticos de la sociedad aristocrática se plasman en la vigencia vigorosa de instituciones jurídicas que confirman la índole de esos dones. Así en nuestra sociedad, la aristocracia chilena (tal como se dió en el siglo XIX) pudo asimilarse perfectamente al concepto de nobleza monárquica, toda vez que, de una u otra forma, hizo valer las cualidades de su origen distinto mediante usos, costumbres, normas jurídicas, instituciones, etc. Tal fué el mayorazgo, que tenía por objeto normar la sucesión del patrimonio con ánimo de conservar el rango, el orden, la continuidad del origen.

Es significativa la resistencia de nuestra alta clase para ampliar las bases sociales de la educación fundamentada en el anhelo de "conservar" el orden social. Determinante también fué la forma de nuestro sistema secundario de enseñanza destinado a que la clase alta alcanzara la Universidad para obtener un título liberal y es característico también que en sociedades de semejante estructura la vocación se dirija especialmente hacia el Derecho y la Teología, o fuera de la Universidad, hacia el ejército. En realidad ello no hace más que demostrar una aparente paradoja: el reconocimiento del de-

recho a una obligación: la responsabilidad del poder, de la defensa y de la salvación, deber que, en este caso, en vez de dar rango, lo confirma.

Si tuviéramos que figurar la aristocracia le daríamos forma piramidal.

Caracterización de nuestra democracia.

De nuestra actual organización democrática podemos destacar como carácter esencial la sujeción de toda autoridad a la ley. Y cada vez que ésto sucede la autoridad se prestigia ante los gobernados, pues en este sistema éstos juegan el principal papel. Y es que la ley no se origina ya en el querer y el poder de un grupo, de una oligarquía, sino que es la expresión de la voluntad y la fuerza soberana del pueblo todo. El principio se consagró, en primera instancia, cuando se redujeron al mínimo necesario las exigencias para elegir representantes parlamentarios y ser elegido como tal. Sin embargo, el paso más importante hacia el reconocimiento de la igualdad política de todos los individuos, es la sanción de una ley electoral destinada a proporcionar representación parlamentaria adecuada a las minorías, de acuerdo a sus volúmenes.

Es la igualdad, reconocida por el Derecho, la piedra sillar del régimen democrático y el que mejor se opone a la relación jerarquizante y subordinadora de la aristocracia. Es la igualdad la que da estructura a las relaciones políticas de los factores del Estado, estructura que podríamos imaginar circular, pues en esta figura está cada punto a igual distancia del centro. Por otro lado, la igualdad como consideración recíproca entre los miembros de una comunidad, depende del concepto de la igualdad de origen natural -contraria a la desigualdad original de la aristocracia-, por lo que "si todos tenemos el mismo origen, todos tenemos el mismo derecho". A su vez esta concepción sólo es posible mientras se suponga claramente la fraternidad de los seres humanos, pues son los hermanos, esencialmente, quienes tienen un mismo origen natural.

Hemos llegado pues, a fundamentar la Democracia en el concepto de la fraternidad humana. Ahora veremos de dónde arranca, cómo llega a nosotros y cómo es incorporada al Derecho Constitucional.

La fraternidad, el sentir al "próximo" como hermano, proviene de la doctrina cristiana, pero su realización -que desemboca necesariamente

en la igualdad-, permaneció por largas centurias relegada al plano subjetivo individual por los conceptos políticos y sociales y es sólo con la Constitución Política de los EE. UU. cuando trasciende al plano objetivo convirtiéndose en norma política.

Ello arranca de las ideas de independencia doctrinaria de los puritanos ingleses emigrados a la Nueva Inglaterra, donde constituyeron una colonia basada en un pacto civil-político concebido como aplicación práctica de la idea de "alianza eclesiástica":

"un pacto, convenio o acuerdo visible, mediante el cual los hombres se entreguen al Señor para cumplimiento de las ordenanzas de Cristo en común, dentro de la misma sociedad".

Esto constituyó -dice Christopher Dawson (en "La tradición norteamericana", Rev. Estudios Americanos, Sevilla, VI/1952)- el germen de la Democracia americana". El ideal congregacional era fundamentalmente democrático y basaba la ciudadanía en la pertenencia a la Iglesia, y ésta en la convicción personal". Más adelante agrega: "Como hemos visto, Nueva Inglaterra poseía desde un principio una fuerte tradición de independencia, enraizada en sus orígenes religiosos y en las tendencias democráticas y contractuales de su política congregacional", y cita las palabras del Rvdo. John Wise (1655 - 1725) en su "desagravio del gobierno de las Iglesias de Nva. Inglaterra", que sirven de fundamento a la revolución:

"el poder se encuentra originariamente en el pueblo ... todos los hombres son por naturaleza iguales... la Democracia es el gobierno de Cristo en la Iglesia y en el Estado".

La Carta Fundamental norteamericana no hizo, sino dar forma política a un sentimiento religioso que ya era norma moral y social.

Así, por nuestra parte, cuando hemos tenido que enfrentar una efectiva transición desde las formas aristocráticas a las democráticas nos hemos visto -tal vez por falta de alternativas, por impotencia para crear contenidos propios- obligados a aceptar los que nos ofrecía, un tanto coactivamente la tradición norteamericana. Ello ha sido posible gracias a dos factores: la hegemonía económica, que impone la coacción y el carácter "misional" de la política internacional de los EE. UU.

En efecto, es palmario que el pueblo del norte ha echado sobre sus hombros la tarea de defender la Democracia de toda agresión ex-

terna, de conservarla por sobre cualquiera trasgresión interna y de orientarla hacia una mejor consolidación futura, valiéndose para ello de la hegemonía económica, con lo cual señala los límites de la acción política nacional, enmarcándola dentro de términos que robustezcan el concepto democrático, aún a trance de sobrepasar las conveniencias nacionales particulares. Esta misión tiene viejas y auténticas raíces en los ideales norteamericanos, que sintetizaron exactamente las frases del escritor norteamericano Herman Melville (1819 - 1891):

"Nosotros somos el pueblo particularmente escogido -el Israel de nuestro tiempo- que llevamos el arca de las libertades del mundo. Hace setenta años que escapamos de Thrall y -además de nuestro primer nacimiento jurídico- Dios nos ha dado para una herencia futura, los extensos dominios de los paganos, que vendrán a quedar bajo la sombra de nuestra ceniza, sin haber tenido que alzar nuestras manos ensangrentadas, Dios ha predestinado que el hombre espere grandes cosas de nuestra raza, y grandes cosas sentimos en nuestras almas. El resto de las naciones pronto estará detrás de nosotros. Somos los adelantados del mundo, la vanguardia enviada a través del páramo para abrir una nueva ruta en el Nuevo Mundo, que es el nuestro" (cit. por C. Dawson ob. cit.).

A toda esta influencia responde nuestra nación con una política que se caracteriza por el anhelo de realizar lo más exactamente posible la teoría democrática, hasta el punto de embargar, en un momento, lo que ha podido ser efectivo progreso de bien público, pero que imponía la condición de trasgredir lo democrático: Me refiero especialmente a las condiciones políticas en que se inició la presente Administración Ibañez. El actual Presidente tuvo a su lado el apoyo necesario de un electorado que manifestó, con signos evidentes, el deseo de cambiar el orden social, político y económico con medidas drásticas; pero lo que pudo ser una revolución política con orientación económico-social, cedió el paso al "libre juego de las fuerzas democráticas". Muy ingenuamente se quejaba, poco después, un poeta nacional de la falta de revoluciones y gobiernos fuertes en nuestra política, al tiempo que envidiaba a otros países latinoamericanos.

Esta característica subordinación de los impulsos naturales a la norma política, que pre-

senta nuestro pueblo, proviene tal vez de la orientación académico-humanística de la educación superior, cuya asimilación por parte de la clase media chilena, tiene como efecto la liberación de ésta de la jerarquía impuesta por la aristocracia, y el anhelo de realizar una democracia social, arrastrando consigo a la clase inferior. Y desde que ha impuesto su voluntad como mayoría política, ha llevado al parlamento, al poder judicial, a la administración, a la educación su concepto de democracia.

Es en nuestra clase media donde residen nuestras ideas democráticas y donde parece habitar también esa particular "receptividad" favorable a las formas culturales exógenas. La clase inferior, más dispuesta a vivir sus impulsos vitales antes que realizar conceptos, parece la única admiradora de nuestros valores culturales autóctonos.

C. — Por la vía socio-cultural.

Los agentes de la influencia cultural, en este terreno, lo constituyen medios generalizados de comunicación como el periódico (periódicos y revistas), la radio y el cine.

La gran avidez de nuestro público lector por diarios y revistas, se convierte en un buen mercado de tales artículos. Las facilidades del tráfico, por otra parte, se prestan a la gran afluencia de estos materiales. Ya sean traducidas o en lengua originaria, contienen denominaciones noticiosas o propagandísticas que al conservarse en lengua nativa son aprehendidas por el lector, el que actúa luego como agente portador de tales símbolos.

Desde otro ángulo, los valores de lo periodístico -relación de un hecho con economía de espacio; organización sintética de la relación; efecto psicológico del anuncio- favorecen un modo de expresión igualmente sintética que se opone a la estructura analítica de nuestro idioma, con su característica abundancia de "que", "de", artículos y conjunciones. Es natural entonces que un periodista trate de eludir estos obstáculos a la realización de sus cánones y de construir una expresión periodística que se compeadece estructuralmente con la tendencia sintética del inglés. Por ello es que, en este terreno, aparecen valiosos términos como los aparecidos en diferentes crónicas de un semanario nacional: "ministro - noticia", pasajero - sardina". Prodúcese pues, divergencia entre el idioma periodístico y el literario, debido a que el primero se sujeta a cánones propios que son dictados por el periodismo más tecnificado: el norteamericano.

no. Esa técnica comprende una concepción del espacio (de publicación) en relación a la síntesis de lo que se anuncia y a su eficacia psicológica, y una concepción del tiempo (de lectura), o de otro modo, al tiempo de aprehensión sensible, teniendo por centro el punto de vista del lector, conceptos que contienen las mismas notas características de la técnica comercial en una tienda en la que el cliente es el centro y punto de referencia de toda la racionalización. Para la tecnología periodística el lector es un cliente con exigencias específicas. Por último, resta destacar toda una constelación de estilos dibujísticos y pictóricos subordinados a los cánones del periódico, cuyas matizaciones corren a pareja con las concepciones decorativas de las tiendas modernas.

Así como el periodismo dirige su acción al sentido visual, la radiotelefonía lo hace al auditivo, punto más vulnerable, desde que exige menos esfuerzos de parte del cliente-auditor. La propaganda y la noticia radial también obedecen a cánones técnicos: economía de tiempo; tendencia sintética; efecto psicológico. Así como el periodismo constituye el mercado del espacio, la radio lo es del tiempo. Las propagandas y noticias exigen una atención especial al auditor para la pronunciación de los vocablos extranjeros, y el periodismo a su ortografía. También, de parte del personal técnico, exige un mayor dominio del idioma inglés, y una más superficial para la expresión de voces galas, italianas y alemanas. Pero es tal vez la difusión de la música norteamericana y la formación de nuevos valores musicales, la mayor responsabilidad de las emisoras. Los valores musicales se refieren a lo que el auditor "gusta" oír y a lo que el compositor popular compone. Es fácil observar la evolución que ha sufrido el ritmo de "bolero" en cuanto a su orquestación desde hace unos ocho años a esta parte.

Digna de destacar es la actitud respectiva de nuestro público auditor, respecto de la música norteamericana, frente a la actitud transformativa de los norteamericanos respecto de los ritmos originales de Sudamérica. Es corrientescuchar en los programas musicales radiofónicos ciertos "tangos" orquestados a "lo yanqui" y cuyo canto se basa en un tema propio con denominación diversa del original. En este terreno sin duda, este hecho significa una constante afirmación de los valores propios por parte del público norteamericano, en tanto que frente a la influencia, nuestro folklore se ha mostrado impotente para contrarrestarla.

Sin embargo es el cinematógrafo el agente más complejo y más eficaz de entre los mencionados que en su coordinación tiempo-espacial significa una síntesis de los cánones plásticos, musicales y literario-dramático. Todo lo dicho anteriormente del periódico y la radio vale para el cine como propagador de formas culturales exógenas a lo que se agregan responsabilidades propias.

El cine norteamericano especialmente, informa nuestro repertorio ético-estético. Ha realizado una peculiar síntesis de los valores bueno, bello, justo, personificándolos en el héroe cinematográfico. Lo heroico pues, para el cine norteamericano supone la reducción de estos tres valores cuya contrapartida es lo cobarde síntesis a su vez de malo, feo, delictuoso. Así el drama cinematográfico se reduce a la secular lucha del Bien y del Mal, con el inmutable triunfo del primero sobre el segundo, a lo cual se subordina toda circunstancia dramática, desvinculándola de la realidad. Además este cine nos proporciona imágenes sobre su concepción del "éxito" y su importancia en la vida individual; sobre la cooperación, como génesis del éxito, la potencia del individuo, la belleza, la justicia y la bondad, la belleza femenina; sobre el hogar confortable (sweet-home) como meta terrenal y símbolo de la felicidad y sobre las relaciones internas de la familia y en general, de la comunidad.

III.— REACCION PASIVA. REACCION ACTIVA.

Hasta aquí hemos bosquejado la recepción de valores exógenos de diferente orden, venidos a través de los contactos que la organización actual de la convivencia, produce entre sociedades como la nuestra y la norteamericana. La observación se ha dedicado directamente a la tramutación de valores en nuestro sistema cultural. Algunos de estos cambios parecen necesarios. "Son imperativos del progreso universal" podrá pensar alguien, y en realidad que lo son, pero es fácil inquirir: ¿Es posible que progreseemos nosotros, con nuestra particular idea de progreso y con un programa propio de necesidades que deban satisfacerse "progresivamente", o sólo es factible que esa idea y esas necesidades vengan de fuera y nos adaptemos a ellas, en vez de ocurrir lo contrario?

Ejemplos diferentes al nuestro tenemos en la vecindad: México y Argentina también progre-

san, también internan maquinarias, también danzan otros ritmos que los "criollos" pero a cada acto de esta índole le dan una entonación peculiar, mexicana, argentina, en su caso. Y "lo mexicano" y "lo argentino" son para ellos, respectivamente, notablemente más valioso que cualquier otro objeto extraño, y sólo por el hecho de ser mexicano o argentino. Las necesidades del progreso se adaptan a la idea específica de progreso que cada uno de ellos tienen, como también los objetos que la satisfacen.

¿Y nosotros, por qué no?

Volvamos a nuestros valores en cambio. Otros no parecen imperativos del progreso. Son valores de convivencia, en su mayor parte, y aun dentro de éstos es posible incluir el lenguaje, como medio fundamental de convivir. Es cierto sí que el progreso técnico, lo que es llamado civilización, impone cambios en otras esferas que componen lo que llamamos "cultura", como opuesto a civilización. Pero para cuando se anuncian cambios en una comunidad, ésta tiene dos posibilidades: a) imitar las soluciones que se dan en otras comunidades, b) crear soluciones originales. Lo que aquí hemos denominado "influencia" es lo que corresponde al primer caso.

¿Por qué cuando estamos en una nueva situación problemática no elegimos nuestros propios valores como respuesta?

Busquemos en los despliegues de nuestra formación algún indicio que nos alumbré una solución. Los valores que perseguimos nos son dados, originariamente por nuestra educación (en su sentido más amplio). Y en forma especial por aquella que, respecto de los sistemas experimentales o "renovados", se llama "tradicional" y que pasa actualmente por sus postreros estertores pero que ha formado a nuestros abuelos y a nosotros mismos. En la necesidad de encarar la educación tradicional con la vida moderna, nos vemos obligados a caracterizarla por aspectos parciales, sin pretender agotar su delimitación: a) Tiene una orientación discursivo-especulativa y un contenido filosófico-literario-científico, que arranca de la cultura greco-latina, b) de lo que se desprende un desprecio hacia lo técnico y lo práctico, sobre todo en su falta de orientación hacia lo económico. Es decir que la actividad económica (y la comercial específicamente) queda fuera de la "cultura" (desprecio por los pueblos comerciantes: ingleses "mercachifles") ya que c) la "cultura" (el saber) es un valor máximo, que constituye

un fin en sí mismo. Nuestras preferencias por "lo francés" provienen, probablemente, de identificarlo con este concepto de cultura. d) Colaborio de lo anterior es la concepción antinómica de teoría y práctica, pensamiento y acción, razón y experiencia. e) Paralelo a ello desarrolla la oposición entre individuo y sociedad (masa social). f) Por fin, preferencia por comprender genéticamente el presente, es decir, buscando las causas, los antecedentes explicativos, en el pasado. De aquí deriva la importancia de la Historia como explicación de cualquier presente y la tendencia a historiar toda rama del saber (Historia de la Medicina, de la Literatura, del Arte), (Frente a esto existe la posibilidad de explicación sistemática del presente, buscando las causas dentro de él mismo).

Pero he aquí que, al tiempo que éramos formados en estos principios, una vez que necesitamos vivir, orientar nuestra experiencia en relación con la conducta de los demás, descubrimos otros valores como repertorio de satisfacciones y respuestas a los problemas que va planteando el vivir. Son los exógenos que no hemos creado. ¿De dónde vienen? No importa. Lo que interesa es que solucionan con mejor resultado, con más satisfacción, de acuerdo a las necesidades convivenciales actuales. Y así, cuando nuestros valores tradicionales son tocados, los defendemos, por hábito, porque nos enseñaron que eran valiosos. Pero cuando debemos responder a una necesidad no recurrimos a ellos sino a aquellos que la comunidad nos ofrece y que son de extraño origen.

Y luego ¿debemos seguir defendiendo aquellos valores tradicionales, por el puro hábito de defenderlos, si su validez es negada toda vez que no los vivimos? Sin embargo "por abajo" no dejamos de sentir esa corriente de influencia extraña que va ganando espacio cada vez mayor y que pronto llegará a llenar nuestros pulmones, para convertirse luego en sangre, en célula, en vida?

¿Cuáles son nuestras posibilidades?

Al parecer dos: a) Aceptar pasivamente la influencia, reaccionar con nuestra característica receptividad. b) Reaccionar activamente, construyendo nuestra cultura sobre la base de nuestra experiencia cultural autóctona, eligiendo nosotros mismos, de un modo original, nuestras respuestas culturales a los problemas que nos plantea el ambiente, nuestro ambiente.

Si analizamos la segunda posibilidad (la única legítima) nos encontramos de inmediato con

la primera cuestión: ¿Tenemos un programa de valores realmente autóctonos y auténticos de cuyo auxilio requiramos en el momento de anhelar una respuesta cultural? Carecemos de plataforma indígena sobre la cual pudiéramos apoyar una tradición cultural y lo que nos ha legado no tiene significado valioso para nosotros. Por otro lado, la base popular no se ha presentado jamás, en nuestro país, como unidad aparte con sentimiento de grupo, de clase, sino que sus individuos -gracias a la movilidad de nuestra sociedad y a que el régimen político le permite buen número de posibilidades para cambiar de condición socio-económica- no aspiran a expresarse como "pueblo" pues pretenden integrar la clase media y participar de los beneficios socio-políticos y en especial educativos, que en nuestro país es la llave del éxito.

Nuestra clase media es un conglomerado muy extenso, heterogéneo, de límites amplísimos y como le sucede a todos los grandes grupos sus relaciones internas no permiten un grado de cohesión notable por lo que no se expresa hacia el exterior de un modo unitario. Respecto de nuestra clase alta, podemos acusar que no hay fe en ella, demostración que se afirma cada vez que se da una contienda política. En efecto parece que nuestro pueblo estuviera definitivamente descreído de los programas políticos de "derecha", lo cual tiene importancia para este

problema, pues bien pudiera definirse la política como la moral de las clases sociales y los valores éticos son los que se captan siempre con mayor sensibilidad, constituyendo un punto de referencia para todos los demás valores que se expresan hacia fuera.

¿Dónde residen entonces nuestros valores culturales? ¿Cuales son ellos? Tales problemas deben ser atacados por los folkloristas, en general por un Folklore de corte científico, de cuyas investigaciones, nuestros pensadores puedan extraer una definición ontológica. He aquí nuestra actitud: Hasta ahora hemos estado vueltos hacia fuera, hacia Europa, hacia los Estados Unidos, recibiendo, recibiendo, recibiendo. Nuestra tarea consiste en descubrir valores internos, nacionales, autóctonos, hacia cuya orientación dirigir nuestra atención. Una vez descubierto nuestro repertorio de valores al Estado le corresponde iniciar su labor orientadora. Y aún los contenidos del folklore debieran integrar el material de nuestra educación.

Pero... ¿si no tenemos valores a los cuales recurrir y queramos no obstante reaccionar contra la influencia? ¿Debemos aceptarla fatalmente concluyendo en que somos incapaces para crear respuestas culturales originales? ¿Acaso nuestra ponderada "receptividad", nuestro "europeísmo" nos ha liberado de tener una forma propia? ¿Es nuestra característica la amorfidad? ¿Cual es nuestro futuro cultural...?

